

acostado. Yo le dije que sí, y cumpliendo con las órdenes de usted, añadí que había usted encargado muy encarecidamente que por ningún concepto se le interrumpiese el descanso.

—Hiciste muy bien. ¿Y qué respondió á eso mi padre?

—Nada.... se encogió de hombros como estrañando semejante advertencia.

—Podías decirle que me sentía algo incomodado de un leve dolor de cabeza.

—Eso le hubiera sobresaltado y hubiera producido un efecto contrario al que usted deseaba.

—¿Por qué?

—Yo conozco mejor que usted á su padre, señorito. El amor que le tiene raya en delirio, y la indisposicion mas leve que usted sufra le quita el sosiego. Si le hubiera dicho que sentía usted alguna incomodidad, á buen seguro que no se hubiera él acostado sin verle á usted antes. Hubiera querido cerciorarse por sí mismo de la verdad, y después de dirigir á usted algunas palabras de cariño, le hubiera dado las buenas noches tan contento, y Cristo con todos.

—¿Tanto me quiere?—preguntó conmovido don Eduardo.

—¿Y es posible que usted no lo conozca?

—Tienes razon, Ambrosio, me ama algo mas de lo que yo merezco.

—Esa es otra cuestion. Mucho le ama á usted su padre; pero usted tambien lo merece por todos estilos.

—No, Ambrosio, no soy digno del cariño que me profesa.

—¿Cómo que no! ¿Por qué causa?

—Porque todos sus afanes son labrar mi felicidad; y yo correspondo á ellos causándole mil sinsabores.

—En cuanto á eso no tiene usted pizca de razon. Las circunstancias malditas... la casualidad... ¿Qué sé yo?... El diablo que se goza en atormentar á las gentes de bien es el que alborota el cotarro donde y cuando menos se piensa. Su padre de usted, ansioso siempre, como usted ha dicho, de proporcionarle un brillante y halagüeño porvenir, trazó el plan de los dos matrimonios con la mejor intencion del mundo. En este plan cifraba el señor duque las mas gratas ilusiones; ¿pero es culpa de usted que haya obstáculos invencibles que se opongan á su realizacion? Ello es una fatalidad que

estos obstáculos existan... ¿Ha reflexionado usted bien sobre ellos, señorito?

— ¿Por qué me diriges semejante pregunta?

— Porque es verdaderamente una lástima que las bellas esperanzas del señor duque hayan de convertirse en un desengaño terrible.

— Cuando yo no había aun advertido esos obstáculos que tú mismo acabas de calificar de invencibles, no amaba á la marquesita, pero me lisonjeaba de que llegaría á amarla y ser feliz con ella. Creía que me convenia este enlace para lanzar de mi pecho cierta loca impresion, y me halagaba mas que todo la sola idea de complacer á mi buen padre. Pero..... ¡ay, amigo mio! te he confiado ya todos los secretos de mi corazon, y sabes que lo que en un momento de error parecíame *impresion loca*, es un amor tan puro y virtuoso como inestinguible... un amor correspondido... un amor que llevaré á la eternidad para que mi madre le bendiga.

El duquecito pronunció tan conmovido sus últimas palabras, que al nombrar á su madre rodó una lágrima por sus megillas.

Ambrosio, vertiendo igual tributo á la memoria de la inocente víctima del duque, balbuceó enternecido:

— Lo creo, señorito, lo creo, y es preciso que su padre de usted se haga cargo de la razon.

— Además, Ambrosio, yo estoy convencidísimo de que la marquesita no me ama. Espero que mi padre conozca tambien esta verdad muy pronto, y si así sucede, no deberá arredrarle la idea de faltar á sus compromisos, ni la misma marquesa de Verde-Rama podrá culparnos de inconsecuentes.

— Es cierto; pero... ¿y si estuviera usted equivocado?

— ¿En qué?

— En el concepto que ha formado usted de la marquesita.

— Quieres decir que tal vez la marquesita me ama ¿no es verdad?

— Nada tendria eso de particular. Lo extraño será que no le ame á usted.

— La marquesita no ama á nadie. Lisonjea á todos porque cifra su vanidad en verse obsequiada de multitud de adoradores, y cree así dar envidia á las demás hermosas, ostentándose cual reina de todas ellas.

— Pues no está en esa inteligencia el señor duque.

— Mi padre se deja alucinar por sus deseos.

— Me decia anoche que todo se arreglará. Parece que la señora marquesa ha tomado con empeño el corregir á su hija de unas faltas que atribuye á

sus pocos años; pero está convencida, lo mismo que el señor duque, de que la marquesita está muy enamorada de usted. Creo que será esta la importante noticia que quiere dar á usted el señor duque. Si esto fuera cierto, y por otro lado padeciera usted otra equivocacion...

—¿Qué quieres decir?

—Si la jóven á quien usted ama no correspondiera á su amor, sino por miras de interés como su padre de usted supone...

—¿Tambien tú pretendes atormentarme con tan indigna sospecha?

—No es mi ánimo atormentar á usted, ni menos ofender á la señorita que merece su amor; pero es preciso calcularlo todo. ¿Qué haria usted en el caso de que el señor duque tuviera razon en estas dos cuestiones?

—No la tiene... Son dos imposibles.

—No tanto como á usted le parece. Podria ser muy bien que esa veleidada que usted nota en la marquesita fuera hija de su resentimiento por la indiferencia con que usted la trata. Esto es lo que supone su madre, segun me ha dicho el señor duque; pero la realidad es que está enamoradísima de usted. En cuanto á la otra jóven que merece su predileccion, ¿quién le asegura á usted que no hay miras de egoismo en su amor?

—Déjame, Ambrosio — respondió malhumorado y meditabundo el duquecito.

—Siento que tome usted á enojo mis objeciones.

—Son impertinencias que no puedo sufrir.

—Me retiraré si le es á usted molesta mi conversacion.

—Sí, me desagradan altamente esas suposiciones ridículas. No esperaba de tí semejante proceder. Déjame solo.

—Obedezco; pero sentiria que atribuyese usted mis advertencias á falta de cariño. Precisamente porque le amo á usted quisiera que todo lo calculara usted detenidamente. Yo deseo lo que á usted le sea mas conveniente, digo aquello que me dicta la conciencia, y Cristo con todos.

—Pero no me cumples tu promesa.

—¡Mi promesa!

—¿La has olvidado? Ofreciste prestarme tu apoyo para convencer á mi padre, y no parece sino que te hayas puesto de acuerdo con él para seducirme. Retírate.

—Yo no trato de seducir á nadie. Lo que deseo es que alcance usted un

porvenir dichoso. Si esta conducta le parece á usted criminal, hace usted bien en arrojarme de aquí.

— Yo no te arrojo de mi lado, buen Ambrosio, porque me sea odiosa tu presencia. Cuando he depositado en tu honradez todos mis secretos, cuando siempre he sabido apreciar tus virtudes por lo que valen, cuando sabes que te quiero porque merecias tambien la confianza y el cariño de mi madre ¿puedes creer que me sea odiosa tu compañía? No por cierto, mi buen amigo; pero te he dicho antes que no queria almorzar aun, porque tenia que hacer. Voy á decirtelo todo ya que tan desconfiado eres. Quiero darte otra prueba del aprecio que hago de tu discrecion, seguro de que no lo descubrirás á mi padre. Voy á entablar mi correspondencia con la jóven á quien amo. Yo no puedo vivir tranquilo sin tener noticias tuyas. Voy á dirigir una carta que Inés se ha ofrecido á entregar á mi adorada Enriqueta.

— ¡Inés! ¿La Bruja que adivina todos los sucesos?

— Es una buena señora.

— Solo faltaba que metiera usted en la danza á esa mujer diabólica.

— No insultes su pobreza, Ambrosio..... respeta su desgracia y sus virtudes.

El tono solemne con que don Eduardo profirió estas palabras, hicieron profunda sensacion en el honrado Ambrosio. Inclínose con respeto y se retiró.

— ¡Válgame Dios! — exclamó el duquecito al contemplarse solo. — ¡Tambien Ambrosio sospecha de Enriqueta! En breve se avergonzarán todos de su grosera equivocacion.

Don Eduardo cogió pluma y papel, y escribió lo siguiente:

BIEN MIO : ¿ PODRÉ LISONJEARME DE MERECEER Á USTED ALGUNAS LÍNEAS QUE TRANQUILICEN MI ESPÍRITU ? ES SU ALMA DE USTED CANDOROSA EN DEMASÍA PARA PROLONGAR MIS INQUIETUDES CON SU INDIFERENCIA. CONOCE USTED MUY Á FONDO LA SINCERIDAD DE MI PASION PARA NEGARME ESTE DULCE CONSUELO. VIVO EN UNA ANSIEDAD QUE ME MARTIRIZA... NECESITO SABER SI ME AMA USTED AUN... DESLÍZANSE LOS DIAS DESTILANDO ACERBAS ANGUSTIAS SOBRE MI CORAZON... LA SOLA INCERTIDUMBRE LE AFLIGE Y LACERA CRUELMENTE. BIEN SABE USTED , HERMOSA YÍRGEN , QUE EN ÉL LE HA ERIGIDO EL AMOR UN TRONO , Y SOLO CUANDO ESTE POBRE CORAZON BAJE AL SEPULCRO , DEJARÁ DE LATIR POR LA REINA QUE LO AVASALLA. SÍ, VIDA MIA , USTED ES LA ÚNICA SOBERANA DE MI ALBEDRÍO. SATISFA-

GA USTED MI DESEO DE SABER CUÁL ES LA SUERTE QUE ME ESPERA. DÍGENSE ESCRIBIRME UNA SOLA FRASE QUE ALIENTE MI ESPERANZA, Y NO HABRÁ OBSTÁCULOS QUE YO NO SEPA VENCER PARA ALCANZAR EL TRIUNFO DE NUESTRO AMOR. UNA PALABRA DE TERNURA, ÍDOLO MIO, Y COLMARÁ USTED LA AMBICION DE SU FIEL Y RENDIDO AMANTE. »

Don Eduardo estaba repasando la precedente carta, cuando repentinamente se le presentó un lacayo anunciándole una visita.

— No estoy visible para nadie — dijo el duquecito.

— Me ha dicho que le era indispensable ver á V. E.

— Si es algun necesitado, socórrele y que me deje en paz.

— No tiene trazas de eso.

— Pues que vuelva otro día.

El criado hace que se vá; pero vuelve, al oír que el duquecito le pregunta:

— ¿Y no sabes tú quién es?

— No le habia visto nunca.

— ¿Es jóven ó viejo?

— Jóven, muy buen mozo, y viste con mucha elegancia... así... por el estilo de V. E.

— Algunos de los impertérritos explotadores de mi bolsillo — pensó don Eduardo. — Madrid abunda en caballeros de industria, que sin tener haciendas, profesion ni oficio, lo pasan como potentados.

— ¿Le hago entrar?

— No, dile que estoy sumamente ocupado.

El lacayo se retiró y no tardó cinco minutos en estar de nuevo en presencia del duquecito.

— Qué es eso?

— Ese caballero me ha repetido en tono imperioso, que le era indispensable ver á V. E.

— ¡Qué terquedad!

— Pues no es eso solo.

— ¿Qué mas hay?

— Que el tal caballero es una pimienta.

— ¿Cómo así?

— Como que me ha mirado de piés á cabeza.

—¿Y qué?

—Y poniendo mal gesto ha sacado su cartera, y ha escrito con lápiz lo que verá V. E. en esta tarjeta.

La tarjeta contenía estas palabras:

EL CONDE DEL LLANO.

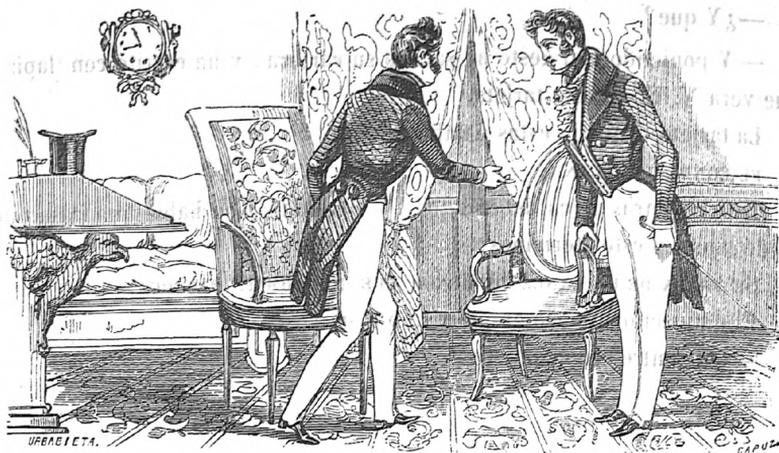
Esto en letras de carácter inglés, y á continuación había una frase puesta de lápiz en estos términos:

SE TRATA DE UN LANCE DE HONOR QUE NO ADMITE PRÓROGA.

El duquecito se puso en pié y dijo á su lacayo:

—Que entre ese caballero.





CAPITULO XIV.

DOS RIVALES SIN AMOR.

Antes para mi entierro venga el cura
 Que para desposarme, antes me velen
 Por vecino á la muerte y sepultura.
 Antes con mil esposas me encarcelen
 Que aquea tome; y antes que SI diga,
 La lengua y las palabras se me hielen.
 QUEVEDO.

Don Eduardo recibió con su natural amabilidad y elegante finura al conde del Llano, y después de haberse dirigido estos dos personajes los saludos que el buen tono reclama, tomaron ambos asiento, y con la sonrisa en los labios dijo el conde:

— Me es sumamente desagradable el tener que distraer la atención de usted, cuando segun se me acaba de decir, se halla usted abrumado de graves ocupaciones.

— No son tan graves como todo eso—repuso el duquecito—y aun cuando lo fueran, prescindiria de ellas con gusto para tener la satisfaccion de

ver en qué puedo complacer á una persona cuya visita me honra sobremedera. Verdad es que un asunto de alguna urgencia me tenia entretenido, y sin intencion de ofender á nadie habia dado orden á mis criados de que no se me interrumpiese; pero la presencia de usted por ningun concepto puede molestar-me, y deajo con gusto la tarea que me ocupaba, ansioso de saber en qué puedo á usted servirle.

—Aprecio muchísimo la distincion con que se digna usted favorecerme. Tambien participaria yo del placer que á usted le causa mi visita, si tuviera ella un objeto menos desagradable.

—Si tiene usted la bondad de esplicarse...

—Con mucho gusto, y procuraré ser lacónico á fin de no robarle á usted un tiempo que segun parece debe serle muy precioso. Tengo entendido que es usted un adalid muy afortunado en las guerras de amor.

—No atino á que alude esa observacion; pero puedo asegurar á usted que no estoy muy conforme con ella.

—Sin embargo, tengo noticias de las proezas de usted —dijo el conde en ese lenguaje satírico y provocador que los duelistas de profesion suelen permitirse bajo el escudo de su temible destreza.

—Jamás he creido yo hacer proeza alguna, ni es mi ánimo emprender la carrera de los héroes. Eso se queda para los valientes.

—Es que hay hombres que suelen serlo cuando se hallan frente á frente de un enemigo pusilánime.

—¡Caballero!!! —esclamó con dignidad el duquecito.

—No quiero yo decir que se halle usted comprendido en esa categoria. Toda la corte está muy bien enterada de cierto ruidoso lance en que se llevó usted el laurel de la victoria.

—Menos reticencias, señor conde.

—Pues bien, seré esplicito.

—Eso es lo que deseo.

—No habrá usted olvidado el desastroso fin de don Agapito...

—¿Del pobre poeta que tuvo la debilidad de suicidarse?

—Era muy amigo mio.

—Tambien le di yo pruebas de verdadera amistad, y si antes de cometer un crimen me hubiera manifestado sus apuros, no hubiera tenido acaso necesidad de perpetrarlo.

—Tengo noticias de que es usted muy generoso; pero es el caso que muchos de los amigos de aquel malogrado poeta culpan á usted de la desastrosa muerte que sufrió.

—¡A mí!— exclamó el duquecito con indignacion.

—Dicen que se valió usted de ciertos medios para fascinar á una hermosa jóven á quien don Agapito amaba y de la cual era correspondido.

—Está usted muy mal informado acerca de este asunto.

—Podrá ser, y si tuviera usted la bondad de rectificar mi juicio... se lo agradecería á usted mucho.

—¿Por qué no? Habiendo concebido mi padre el proyecto de casarme con la jóven en cuestion...

—Con Elisa, la hermosa hija de la marquesa de Verde-Rama. Adelante.

—Callaba su nombre porque tampoco le habia usted pronunciado antes.

—Es usted muy discreto.

El conde no abandonaba nunca cierta sonrisa sarcástica; que no pasó desapercibida por el duquecito; pero mas juicioso que su contrincante, le condenaba á un prudente desprecio.

—Creí que no habia necesidad de nombrar personas; pero toda vez que me dá usted el ejemplo, tampoco tengo inconveniente en nombrarlas. Por complacer á mi padre me presenté en casa de la marquesa y fui muy bien recibido. No me fué indiferente la belleza de Elisa, la declaré mi amor, que por cierto nada tenia de vehemente, y á las primeras palabras se me contestó del modo mas lisonjero que podia apetecer.

—¡Y querrá usted negar que es un adalid muy afortunado en las luchas de amor!

—Lo que usted guste; pero es el caso que el pobre Agapito me mandó una esquila de desafío.

—¿Y se verificó el lance?

—No por cierto.

—Ya me lo figuraba yo.

—Los dos convenimos en sujetarnos al fallo de la marquesita.

—Y por supuesto quedaria usted el preferido.

—Así lo dijo la interesada, y Agapito respetó su fallo. Enredóse des-

pués con cierta joven... y supe al cabo de pocos días, que habiendo perdido una enorme cantidad en el juego, se había suicidado. ¿Le parece á usted ahora que tengo yo la culpa de su muerte?

—El origen primordial no deja de ser el haber usted interrumpido sus amores con la marquesita.

—El verdadero origen de su muerte le diría yo si no respetára sus cenizas. Ya vé usted que he sido complaciente como se merece una persona que, con tanta urbanidad, ha exigido estas esplicaciones. Ahora espero igual complacencia de su amabilidad de usted. Desearia saber qué interés le ha movido á hablarme de este asunto.

—Procuraré no ser menos atento apresurándome á dar cumplida satisfaccion á la justa curiosidad de usted. Verdaderamente hubiera deseado que esta nuestra primera entrevista fuese precursora de una íntima y cordial amistad; pero por desgracia no puede ser así. Sin duda habrá usted leído lo que habia escrito con lápiz en mi tarjeta.

—Se trata de un lance de honor, dice, que no admite dilacion — y al apresarse así tenia don Eduardo la mencionada tarjeta á la vista.

—No admite dilacion ¿lo comprende usted?

Don Eduardo se levantó diciendo:

—Con su permiso de usted, señor conde.

Y saliendo al encuentro de un sirviente que apareció con una levitá en la mano, trocóla por el frac que con el afan de visitar á la Bruja se habia puesto aquella mañana sin haberla siquiera pasado el cepillo, y volviendo á ocupar su asiento, preguntó al conde con una calma verdaderamente singular.

—¿De qué estábamos hablando?

El conde miró á don Eduardo con insolencia y respondió:

—De que el honor nos llama á otro sitio. ¿Me entiende usted ahora, caballero?

—No por cierto, y si usted se digna esplicarse...

El conde del Llano dijo con petulancia:

—Yo soy en la actualidad el amante de la bella marquesita.

—Sea muy enhorabuena.

—Y no tolero impertinentes rivales.

—Hace usted muy bien.

—Ha de saber usted que soy el único á quien ama la hermosa Elisa. Tenga usted la bondad de enterarse de este billete que me ha dirigido hoy.

—¿Con qué fin pretende usted que lea esa carta?

—Con el de que no le quepa á usted duda de que soy el único mortal á quien Elisa ha entregado su corazón.

—Me basta que usted lo diga.

—A mí no, y espero que no hará usted un desaire á mi súplica.

El duquecito leyó la carta que el conde acababa de entregarle, en la cual, se acordará el lector, que la casquivana marquesita hacia alarde de amar al conde con delirio y odiar profundamente á don Eduardo. Este habia recorrido las románticas líneas con plácida sonrisa, y al terminar la original lectura soltó una carcajada solemne.

—¡Se rie usted! —esclamó el conde.

—Me rio de lo inocente que es mi padre. Empeñado está en que me case con esa jóven que me aborrece y á quien yo no puedo amar.

—¿Pero piensa usted seguir obsequiándola?

—Hace ya días que no frecuento el palacio de la marquesa de Verde-Rama, señor conde, ni llevo intencion de volverle á pisar.

—¿Y si la madre de Elisa y su padre de usted se empeñan en llevar á cima su proyecto?

—Ni Elisa ni yo lo consentiremos.

—¿Es decir que me deja usted el campo enteramente libre?

—Y deseo á usted y á su predilecta mil felicidades, porque aunque tengo la desgracia de merecer el ódio de Elisa, yo no soy rencoroso. Ni la amo ni la aborrezco. Ella y su hermosura me son de todo punto indiferentes.

—¿De veras, don Eduardo?

—Sí, amigo mio; y si usted tuviera la bondad de permitirme hacer uso de la carta que le ha dirigido la marquesita, podria arreglarse el asunto á satisfaccion de todos.

—Perdone usted, duquecito... siento no poder complacerle.

—¿Por qué razon?

—Porque una correspondencia amorosa es cosa sagrada; y soy yo tan delicado en semejantes materias...

—Lo presumo así; pero como no se trata de dar publicidad á la carta de

la marquesita, sino de enseñarla á mi padre para hacerle desistir de su empeño... — Tengo un verdadero placer en haberle enseñado la carta.

—A mí me basta saber que usted desiste.

—Con todo, creo que no le sería á usted desagradable que yo pudiera convencer á mi padre de los motivos que hacen imposible mi enlace con la hija de la marquesa.

—¿No bastará que le refiera usted el contenido de la carta?

—Sería mucho mejor que él la viese.

—¿Y está usted seguro de que su lectura le hará mudar de parecer?

—Es muy regular... Me ha dicho repetidas veces que si Elisa no me ama renunciará á mi casamiento con ella. En este caso desistirá también de su empeño la marquesa, y es además muy probable que apruebe las relaciones amorosas que median entre su hija y usted.

—Todo eso preséntase muy natural; pero siempre apareceria como una accion no muy decorosa de mi parte, el haber hecho semejante uso de una correspondencia privada.

—No le creia á usted tan escrupuloso.

—La reputacion de una dama es muy respetable para todo caballero.

—Yo no creo que en este caso pudiera menoscabarse en lo mas mínimo la de Elisa, y por otro lado allanaria cuantos obstáculos se oponen á sus deseos.

—Toda vez que nuestra entrevista ha tomado un sesgo pacífico, que estaba yo muy lejos de esperar, y que en vez de salir al campo lanza en ristre, se va protocolizando el negocio amistosamente, no tendré inconveniente en dejar la carta de Elisa en poder de usted bajo una condicion.

—¿Y es?

—Que no la enseñará usted á su padre sin prévia y formal promesa de que se guardará muy bien, no solo de hacerla ver á la marquesa de Verde-Rama, sino de mentársela siquiera.

—Me allano á esa condicion.

—¿Formalmente?

—Bajo palabra de honor.

—Quedo satisfecho.

Ambos interlocutores se dieron la mano en prueba de conformidad, y el duquecito guardó en una cartera la carta de Elisa, añadiendo:

- Mañana mismo volverá á estar en poder de usted.
- Tengo un verdadero placer — dijo el conde — en haber hallado un buen amigo donde buscaba un rival.
- No es menor mi satisfaccion al considerar el feliz desenlace que ha tenido nuestra primera entrevista.
- Supuesto que ella acaba de inaugurar una amistad sincera entre los dos, ahora que somos amigos no será usted menos franco en otras explicaciones que desearia tuviera usted la bondad de hacerme.
- Siempre me hallará usted dispuesto á corresponder cual merece la distincion con que se digna honrarme.
- Me ha dicho usted antes que en la amorosa competencia que tuvo usted con el pobre Agapito, se declaró Elisa en favor de usted.
- Y así es la verdad, conde.
- No lo dudo; pero semejante fallo supone que era usted el objeto privilegiado de la marquesita... Esto indica de un modo claro y terminante que usted la amaba y era correspondido.
- Paréceme haber dicho ya que sin amarla trataba yo de dar gusto á mi padre, y obtuve de la marquesita, no solo frases altamente lisonjeras, sino alguna prueba de amor.
- ¡Oigan! eso escita mi curiosidad.
- Y no tengo reparo alguno en satisfacerla. A las promesas de amor que me hizo la marquesita, añadió la fineza de regalarme su retrato.
- ¿Y le posee usted?
- Sí; pero no debe usted tomarlo á enojo, pues hoy mismo volverá á las manos de Elisa.
- ¿Me lo promete usted?
- Y aun me valdria de la bondadosa intervencion de usted, si no fuera esto revelar nuestra entrevista.
- Tiene usted razon: mas vale que se lo mande usted por otro conducto. Pero ¿cómo habiendo mediado tales circunstancias se ha cambiado en ódio el amor que le manifestaba á usted esa jóven?
- Porque era el amor de una coqueta.
- Don Eduardo, está usted hablando con su amante — exclamó en tono de reprension el conde.
- Usted exige franqueza en mis explicaciones, se ha declarado mi amigo,

y cuando media la amistad no sé espresarme de otro modo.

—Hace usted bien, y no solo le agradezco su franqueza, sino que deseo observe usted siempre conmigo tan laudable conducta. Permitame usted seguir abusando de su bondad. Quisiera saber en qué funda usted esa opinion desventajosa que ha formado usted de Elisa. ¿Qué motivos tiene usted para calificarla de coqueta?

—Desearia equivocarme, y que hallando usted en ella una jóven digna de ser amada, viera colmada su felicidad.

—Agradezco ese buen deseo, pero tambien usted conoce que puedo yo estar fascinado y cometer un desacierto que me haga sufrir amargas consecuencias cuando ya no le pueda enmendar.

—Usted mismo acaba de justificar mi proceder. Otro usaria tal vez de la mayor reserva en este asunto, y no incurriria en la probabilidad de hacerse sospechoso.

— ¡Sospechoso!

—Sí, amigo conde, mis palabras pueden parecerle á usted miserables desahogos de un amante despreciado y resentido; pero no son mas que un aviso de alerta, del cual hará usted el uso que le dicte su talento; pero de todos modos estoy seguro de que no abusará de las revelaciones que á instancias de un amigo he depositado en su discrecion.

—Puede usted estar tranquilo sobre este particular.

—Con tal confianza he sido tan esplicito como la gravedad del asunto requiere, y continuaré siéndolo en lo poco que tengo ya que decir. He calificado á Elisa de coqueta, porque en mi concepto merece este nombre la beldad que se goza en prodigar lisonjas á cuantos la galantean, y asegurando á cada uno en particular, que es el esclusivo objeto de su cariño, los engaña á todos sin amar á ninguno.

—Esa conducta seria detestable.

—Pues esa conducta es la que he notado en la marquesita. No haga usted caso, sin embargo, de mis palabras; tal vez he sido yo demasiado susceptible, y he creido ver fantasmas donde acaso en realidad no las hay. Tal vez he cometido involuntariamente alguna groseria que haya dado á esa jóven justo motivo para vengarse de ella, cambiando en ódio el amor que en un principio se dignó manifestarme. Tal vez esa veleidad de que me ha parecido hacer gala como para probar los estragos que hace en los hombres su

hermosura, no es mas que natural amabilidad sin objeto ni malicia, y repito que tendré la mayor complacencia en que no vea usted desvanecidas las bellas esperanzas que el amor de la marquesita le haya podido hacer concebir.

—Lejos de que se desvanezcan mis bellas esperanzas— repuso el conde, sonriéndose con truhanería— nunca he creído que llegaran á realizarse con mas fundamento que ahora.

—¿Duda usted de la sinceridad de mis palabras?

—No por cierto, y por lo mismo que las tengo por tan verídicas como las del Evangelio, espero que no fracasará mi amorosa empresa.

—¡Qué extrañeza!

—Extrañeza parece á primera vista, y es lo mas natural del mundo.

—Habrá usted estudiado una lógica particular.

—En la misma escuela que las mujeres caprichosas. Yo las tengo á todas por coquetas, amigo mio, y si alguna se muestra razonable, no dude usted que la induce á ello el egoismo. Tienen amor á un hombre, ó mejor diré, fingen amarle, mientras le creen capaz de satisfacer sus antojos; pero en el momento en que cesan las miras de interés, se desvanece como el humo una pasión que poco antes parecia inestinguible.

—Tiene usted formado muy mal juicio de las mujeres.

—El mismo que han formado ellas de los hombres, y estoy en la creencia de que ellas y nosotros tenemos razon.

—¿Luego niega usted que haya amor verdadero en el mundo?

—Ya se vé que lo niego... se entiende, entre los amantes.

—Sin embargo, el amor ha hecho desgraciados á muchos, y si no existiera, nadie seria víctima de sus asechanzas.

—Esas víctimas del amor no las he visto yo nunca sino en las fábulas de los poetas.

—¿No decia usted hace poco que Agapito habia sido víctima de su amor?

—Lo decia sin estar convencido de ello, y usted mismo ha confirmado mi opinion contestándome que su desgracia en el juego y otras circunstancias habian sido las causas únicas de su desastroso fin.

—Estamos conformes en cuanto al suicidio de este infeliz; pero ¿me negará usted que otros han buscado en el sepulcro el término de una pasión mal correspondida?

—De ningún modo; pero yo no creo que los que tal disparate cometen estén en su sano juicio.

—Luego el amor les ha vuelto locos, y esto prueba, no solo que existe el amor, sino que es la pasión que mas avasalla al hombre.

—Si fuéramos á escudriñar las causas de los enamorados que son víctimas de su pasión, tal vez hallaríamos que no han seguido los impulsos de su amor, sino los de su orgullo.

—¿Cómo así?

—Como que hay hombres orgullosos hasta la demencia, y el menor desaire es para ellos un insoportable infortunio. En este caso, no extraño yo que un imbécil altanero prefiera matarse á sufrir la burla que suele hacer la sociedad de los hombres á quienes los desaires ó la infidelidad de una mujer ponen en ridiculo. Otros aman por especulacion. Dedicán sus obsequios á una mujer rica, por ejemplo... es un negocio como otro cualquiera... y si el éxito no corresponde á sus esperanzas, se hacen saltar la tapa de los sesos, no porque el amor les induzca á este crimen, sino porque no ven saciada su codicia. Se exasperan por el mal resultado de una especulacion y se matan como lo harían si recibieran la noticia de haber naufragado uno de sus buques cargado de ricas mercancías. Créalo usted, amigo mio, en este mundo no hay mas que un solo amor entre los amantes.

—¿Confiesa usted al fin que le hay?

—Sí; pero es el amor que se tiene uno á sí mismo.

—Eso es egoismo, amigo conde.

—Pues no es mas que egoismo lo que generalmente se entiende por amor. Se dice que los celos son hijos del amor. Si dijeran del amor propio lo concedería; pero del afecto que se tiene á otra persona es imposible. Hablamos del amor entre los amantes, porque es preciso confesar que el de una madre, por ejemplo, es una afección tierna que nadie se atreverá á poner en duda. Pues bien, la madre que ama verdaderamente á sus hijos, tiene un placer siempre que les vé contentos y obsequiados en la sociedad. Procura darles una educación esmerada, llenarles de atractivos, enseñarles mil habilidades, si le es posible, para que luzcan sus talentos en las reuniones; y cada vez que se acerca alguna persona á sus hijos y pondera sus gracias, su hermosura, sus talentos, sus atractivos, no cabe en sí de satisfacción la buena señora. ¿Por qué no sucede otro tanto al amante? ¿Por qué no se com-

place en que su amada se divierta en todas las reuniones? ¿Por qué no oye con gusto que celebren otros su hermosura? ¿Por qué no la deja disfrutar de los obsequios ajenos? ¿Por qué todo esto le incomoda, le enfurece en vez de deleitarle? Porque el amante es un egoísta y lo quiere todo para sí. La madre ama á sus hijos y se huelga en verles gozar. El amante se ama á sí mismo y padece y sufre tormentos atroces cuando vé á su amada saborear los obsequios de otros hombres. Queda pues probado que el amor de los mas frenéticos enamorados no es mas que un escesivo amor propio, y así es que el menor desaire de la persona á quien aman, suele convertir su pasión en ódio implacable, que no pocas veces les conduce á sangrientas venganzas.

—¿Y con ese modo de pensar aspira usted á la mano de la marquesita?

—Como hay ambigüedad en la pregunta, deberé dividir en dos partes la respuesta. No me parece despreciable la blanca y pulida mano de una hermosa, y en este concepto puede aspirarse á ella para que sirva como de guía en la senda del amor; pero si como vulgarmente se entiende, eso de aspirar á la mano de una jóven arguye matrimonio, no será el nieto de mi abuela quien aumente el interminable catálogo de los mártires. *Primero venga el cura á darme la extremaunción que á desposarme.*

—¿Luego su intención de usted no es casarse con Elisa?

—En el día no se casan mas que los imbéciles.

—No comprendo pues cuáles son los proyectos de usted al obsequiar á la marquesita.

—¡Oh! son proyectos muy honrados—dijo levantándose el libertino conde.—Si la niña me ama de veras, corresponderé tiernamente á su cariño, y ambos disfrutaremos felices de los deliciosos ratos que proporciona un amor correspondido; pero si noto en su conducta destellos de coquetería ó veleidad, sabré anticiparme á sus pérdidas supercherías, y darle una lección que moralice sus costumbres. Ya vé usted que en ambos casos hay honradez en mi plan.

—En efecto—repuso con ironía don Eduardo, que también habíase puesto en pié.—¿Y está usted enamorado?

—Furiosamente, como dicen en Francia. De ningún modo toleraría yo que nadie me disputara el amor de Elisa.

—Pero si conoce usted que Elisa trata de engañarle...

—No me llevaré chasco, porque vivo en esa creencia.

—¿Y seguirá usted enamorado?

—Yo lo estoy siempre, amigo mio, y lo estoy de todas las mujeres, así como ellas están enamoradas de todos los hombres.

—¿Eso cree usted?

—Lo sé por experiencia. No he pronunciado una sola declaración amorosa que no haya sido bien acogida por la dama á quien la he dirigido.

—Dichoso usted.

—Como todos los aficionados. Hay una regla infalible para vencer á las mujeres.

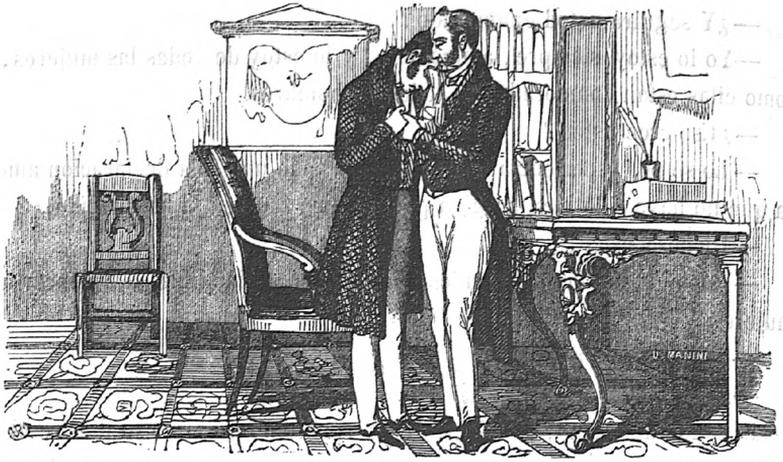
—¿Cuál es esa regla?

—Adularlas.

El conde del Llano, en ademan de despedirse, presentó su diestra al duquecito. Este la estrechó en la suya por mera cortesanía, y cruzándose ambos los cumplimientos de estilo, en vano trató el primero de impedir que saliese don Eduardo de su aposento. El conde fué acompañado hasta la puerta de la escalera.

Cuando el duquecito volvía á su cuarto, al ir á cruzar una sala intermedia, halló en ella á su padre que le aguardaba.





CAPÍTULO XV.

EL HIJO DEL CRIMEN.

«E um grito furibundo
De blasfema maldição
A. E. Z.

Get out of my sight.
COOPER.

Está visto — dijo el duque á su hijo en tono festivo — á tí es preciso cogerte al vuelo.

— Iba á salir de mi cuarto para almorzar con usted, cuando se me ha anunciado la visita de un caballero á quien me era imposible dar un desaire.

— ¿Algun amigo?....

— No señor.

— Algun impertinente de los que explotan tu generosidad.... Ya se vé, como saben que tu bolsa está bien provista.... y siempre á disposicion de los

menesterosos. Pero tú eres demasiado crédulo, y en oyendo contar algún suceso lastimoso te conviertes al momento en paño de lágrimas.

— ¿Desaprueba usted semejante conducta?

— No por cierto; pero para ser caritativo no hay necesidad de rozarse con los pobres. Además, la mayor parte de los que se ven en la indigencia, deben sufrir este infortunio porque así lo decreta Dios en castigo del ódio que profesan al trabajo. La miseria es muchas veces la espriacion del vicio, y el que socorre á los holgazanes, lejos de hacer una obra meritoria, destruye los efectos de la justicia divina. Mucho me place, hijo mio, que ejerzas la beneficencia, pero debes hacerlo de modo que no se degrade tu nobleza.

— ¡Mi nobleza! — exclamó don Eduardo lanzando á su padre una significativa mirada.

— Tu nobleza, sí, hijo mio — repuso cariñosamente el duque. — Eres el heredero de mis blasones; y el enlace que vas á contraer debe desvanecer de todo punto, ciertas ideas ridículas que te preocupan.

— ¡Padre mio! — exclamó don Eduardo asiendo entre sus dos manos la diestra de su padre, que estrechó contra sus lábios y humedeció con abundantes lágrimas.

El duque sacó precipitadamente con su mano izquierda un pañuelo de su bolsillo, y después de pasarle por los ojos, balbuceó conmovido estas palabras:

— Vamos, hijo mio.... ¿á qué viene ese llanto?

— Soy muy infeliz — respondió con acerba expresion el duquecito.

— ¡Tú, infeliz! — replicó el duque esforzándose por aparentar jovialidad. — ¡Tú, infeliz! Por Dios, hijo, ten cordura, y no te abandones de ese modo al furor de tus celos. Elisa te ama, Eduardo.

— ¡Elisa! — exclamó el pundonoroso jóven; y al pronunciar semejante nombre revistióse de improviso de una seriedad imponente.

— Sí, querido mio, Elisa te ama.... será tu esposa.... ¡y aun te juzgas infeliz! Tú, que en edad lozana ocupas en la córte una posicion envidiable.... tú, que dotado por la Providencia de los mas bellos atractivos físicos y morales, has sabido realzarles con tu infatigable aplicacion, aprovechándote maravillosamente, no solo de la educacion que mis afanes te han proporcionado, sino de los viajes que las circunstancias nos obligaron á emprender.... tú, que posees riquezas inmensas, que llevas uno de los títulos de

Castilla mas distinguidos.... que tienes un padre que limita su ambicion á la dicha de contemplarte rodeado de todo linaje de goces.... ¡tú, infeliz!....

— Los goces que con tanta ávidez ansian los cortesanos, distan mucho de ser los que pudieran halagar mi corazon.

— Un corazon que late de celos, trata siempre de mostrarse insensible á lo que mas le conmueve; pero una vez tranquilo, una vez desvanecido el error que le desgarró, siente renacer la felicidad y ansía los placeres que antes fingia aborrecer. Sí, Eduardo — añadió sonriéndose el duque — en breve te convencerás de que Elisa te ama, y apetecerás el momento de ser su esposo para ver tu dicha colmada..

— ¡ Oh! no.... nunca.... nunca — exclamó con resolucion don Eduardo.

— Sé razonable, Eduardo. •

— Lo soy.

— Te dejas llevar de un resentimiento pueril.

— Sigo los impulsos de mi corazon.

— Dí los impulsos de tu venganza.... y eso no está bien. ¿ Por qué no tratas de complacerme?

— Porque exige usted un imposible.

— Reflexiónalo bien, hijo mio.

— Lo he reflexionado.

— ¿ Y estás resuelto á no casarte con Elisa?

— Sí señor.

— ¡ Válgame Dios, qué terquedad la tuya!

— Siento oponerme á los deseos de usted; pero..... Elisa no me ama ni puede amarme.

— Razonemos con calma, Eduardo. Ayer mismo declaraste delante de Ambrosio que te casarias gustoso con la marquesita, siempre que esta hermosa jóven se mostrase digna de tu amor y correspondiese á él.

— Tambien dijo usted que desistiria de su empeño en el caso de que la marquesita no me amase.

— La marquesita te ama.... ¿ cómo quieres que te lo diga? Ya sabes que anoche me encargué de hacer esta averiguacion.

— ¿ Y de qué dedujo usted que me ama? Estaria seguramente muy triste... sin hablar con nadie...

— ¿ No ves tus ridiculeces? Harás que acabe de convencerme de que la

razon está de parte de Elisa. Si esto haces ahora, serás insufrible cuando estes casado. ¡Miren qué linda ocurrencia! ¿Con que á tí todo te está bien, y nada importa que pasen dias y mas dias sin visitarla, y ella tiene que abandonarse á la tristeza, y no hablar con alma viviente? Eso seria la ley del empujado, hijo mio.

— Es que si yo me desvíe de su lado, fué porque ni siquiera le merecí la mas leve muestra de predileccion.

— Pues ella alega otras razones muy distintas de las tuyas; y creyéndote culpable se esfuerza por parecer lo que no es. No parece sino que esteis representando la comedia de *el desden con el desden*. Tú te mortificas privándote de contemplar las gracias de tu novia, y ella, justamente resentida de tus desaires, quiere mostrarse indiferente á ellos, y aparenta no solo jovialidad, sino coquetería, á fin de castigarte. ¿Y qué prueba esto? Que está celosa como tú y que te paga con la misma moneda. Ayer noche tuve una larga conferencia sobre este particular con la marquesa, y es tambien de opinion que lo que hace su hija prueba que está locamente enamorada.

— Pero no de mí.... eso bien lo sé yo.

— ¿Qué has de saber? Es una lástima, decía anoche la marquesa, que amándose los dos como se aman estén sufriendo malos ratos por niñerías, y nosotros no debemos de manera alguna consentirlo. Ya ves que la marquesa tiene razon, Eduardo, y es preciso que ambos tengais mas juicio, y no prolongeis un estado de cosas insoportable, que empieza á producir amargos sabores. La marquesa de Verde-Rama se ha encargado de poner en juego todos los recursos de una tierna madre para lograr que su hija cambie de conducta, y yo me he comprometido á hacerte entrar igualmente en vereda. Bajo estos buenos auspicios regresé anoche de mi primera expedicion reconciliadora, y á pesar de mi impaciencia por darte las ventajosas noticias que tan satisfactorias debian serte, no quise turbar tu sueño. La alegría no te hubiera dejado dormir en toda la noche.... Esto es muy natural en un pecho enamorado; y dilaté el placer de contártelo todo hasta hoy. He madrugado con esta idea, y mi señor don Eduardo habia salido ya, sin duda con el objeto de dar algun paseo solitario por el Retiro, para dar rienda suelta á su infundada melancolía. Ya es hora, hijo mio, de poner término á semejantes locuras.

— Don Eduardo, con la vista clavada en el suelo, no se atrevia á desva-

necer las ilusiones de su padre y guardaba silencio.

— Pero.... ¡qué diablo!.... ¿todavía no estás contento después de lo que acabo de decirte? ¿En qué piensas? ¿Estás celoso aun?

— No señor, ni lo estuve nunca.

— Esa es otra falta de franqueza, propiedad exclusiva de todos los celosos, que cuanto mas violentos son sus celos, mas empeño ponen en negarlos. Vaya en gracia; te consiento que persistas en tus infundadas sospechas; pero á lo menos te has de allanar á darme gusto en una sola cosa.

— Mi mayor deseo es dar á usted gusto en todo.

— Pues yo me limito á una sola exigencia, sin la cual es imposible de todo punto que llegues á convencerte por tí mismo de que Elisa te ama.

— Eso ya sé que no puede suceder.

— ¡Qué ceguedad la tuya! Es decir que te niegas á concederme el solo favor que iba á pedirte.

— ¡Un favor! Usted puede mandarme lo que guste.

— Es que yo no exijo de tí ciega obediencia, sino voluntaria amabilidad. ¿Estás dispuesto á hacerme el favor en cuestion?

— He dicho antes que deseo dar á usted gusto en todo.

— Pues bien, para que te desengañes, para que te avergüences del mal concepto que has formado de Elisa, te ruego que esta misma noche te presentes en la tertulia de la marquesa, y dirijas á tu novia las primeras palabras de reconciliación.

— No, padre.... no es posible que usted desee semejante humillación de parte mia.

— ¡Eduardo! — exclamó con sorpresa el duque.

— Padre mio — repuso con emoción don Eduardo — mándeme usted cualquier sacrificio.... le consumiré sin titubear; pero volver al palacio de la marquesa de Verde-Rama.... entablar conversacion con su hija.... ¡oh! esas son cosas imposibles.

— ¿Te has propuesto incomodarme, Eduardo?

— Si le incomoda á usted que le hable francamente....

— Eso no es hablar con franqueza. Eso es manifestarse demasiado resentido de la conducta de Elisa, y no tienes razon sabiendo que lo que tiene á tus ojos todas las apariencias de veleidad, es precisamente una prueba de amor. Si Elisa no te amase, acojeria con indiferencia tus agravios; pero am-

vos estais celosos y aparentais un desamor exagerado que revela una verdadera pasion. ¿Te figuras tú, hijo mio, que yo pude dar crédito á las relaciones amorosas que finjiste haber entablado con la hija del pintor? Tienes demasiado talento para incurrir en un desatino que causaria tu eterna deshonra.

— ¡Padre! — exclamó sumamente afectado el duquecito.

— ¡Oh! todo lo adiviné al momento; pero no puedo menos de desaprobar tu indiscrecion y poca galanteria. Tratabas de llevar tu venganza hasta un extremo impropio de tu carácter prudente y generoso. Querias que aquellos finjidos galanteos llegasen á oídos de tu novia para atormentarla mas. Este cruel proceder es indigno de tí, Eduardo. Debes considerar que Elisa es una niña inocente.... que te ama de veras... y una vez que los dos os juzgais con sobrados motivos de queja, es preciso dar fin á vuestras disensiones por medio de una reconciliacion honrosa, que haga renacer las bellas ilusiones de felicidad que á todos nos halagaban. ¿Querrás oponerte á una pretension tan justa y razonable? No puedo creerlo de tu bondad. Tú, qué me repites con frecuencia los deseos que animas de complacerme en todo, no querrás negarme el único favor que te pido. En este asunto debes tú ser el primero que se allane á la razon; y no temas por eso humillarte, que el reparar un deslíz, lejos de ser humillacion, es un acto de laudable honradez. Además, en semejantes desavenencias entre dama y galan, toca siempre al caballero el tomar la iniciativa. La cortesania lo exige así, y eres tú discreto en demasia para pretender que Elisa venga en tu busca á disculparse. Reflexiona bien sobre todo esto, y no dudo que cederás á mi deseo. ¿Puedes creer que trate yo de hacerte desempeñar un papel ridiculo? Cuando yo te propongo que des el primer paso de reconciliacion, es porque estoy seguro de que serás dignamente recibido, y el éxito de una conferencia que es ya de todo punto indispensable, desvanecerá para siempre las preocupaciones que fascinan tu imaginacion, que te hacen padecer y destruyen las únicas esperanzas de felicidad que alienta un padre que te adora. ¿Persistirás aun mostrándote insensible á mi súplica? ¿Serás tan ingrato que por un mero capricho, por una loca imprudencia de resentido amante, llesves tu venganza hasta el extremo de sacrificar á tu orgullo tu propio amor, tu felicidad, la mia.... y hasta los ruegos de un cariñoso padre?

— Esos ruegos, padre mio, son un sacrificio horrendo.... y usted me

ha dicho también que no pretendía sacrificarme. — ¿A qué llamas sacrificio? ¿Trato yo acaso de que te cases á todo trance con Elisa? No por cierto. Solo te pido que tengas una esplicacion con ella, porque espero que esta esplicacion sea precursora de tu dicha.

— De ningan modo, padre... no debo ya tener esplicacion ninguna con una mujer de cuyo desamor tengo pruebas evidentes.

— ¿Con que no atiendes á mis súplicas? — exclamó profundamente resentido el duque.

— No puedo.

— Está bien — continuó el padre palideciendo de cólera; y paseándose precipitadamente por el salon; repetía mordiéndose los labios: — ¡Muy bien!

— ¡Padre!... — dijo con respetuosa timidez don Eduardo.

— ¡Silencio! — gritó el duque con toda la vehemencia del furor.

A este grito presentóse azorado en el salon el honrado Ambrosio.

— ¿Qué es esto, señor duque, — preguntó con ansiedad el buen criado.

— Esto es que todo el mundo se goza en mis padecimientos; pero no importa, así terminarán mas pronto.

— ¡Pese á mi alma!... ¿Ya están vuecencias otra vez en discordia?

— Puedes agradecerlo á tu protegido — alegó sonriéndose con amargura el duque.

— ¡Señorito! — exclamó con ademán de asombro el criado.

— Bien sabe Dios cuánto siento disgustar á mi padre; pero exige de mí tales cosas, que no puedo obedecerle sin faltar á lo que mi dignidad y honor exigen.

— La dignidad y el honor de un buen hijo, consisten en mostrarse respetuoso y sumiso á la voluntad de su padre — dijo el duque rebotando enojo.

— Siempre he tenido un placer en adelantarme á ella.

— Menos en el asunto del cual depende mi felicidad.

— Porque conozco que está usted en un error, padre mio. Su felicidad de usted no puede nacer nunca del sacrificio de su hijo.

— Aquí no se trata de sacrificio alguno. Lo que yo exijo de tí es solo que vuelvas á visitar á la marquesa y á su hija, porque estoy cierto que de la conferencia que entables con tu novia, saldrás enteramente desengañado.